

EN EL BICENTENARIO DE LA REVOLUCION FRANCESA
COMO NACEN LOS REVOLUCIONARIOS

POR

JORGE USCATESCU

En el mismo proceso de gestación de la Revolución francesa nace un nuevo tipo de hombre activo en la política. Se trata del revolucionario profesional. Casi en la misma época en que Augustin Cochin lo estudiaba a través del análisis de las «sociétés de pensée», anteriores a la Revolución, Lenin se prestaba a formar revolucionarios profesionales en Rusia. Sus modelos eran imposibles de detectar en la táctica revolucionaria de Marx, pero sí eran detectables con claridad en la tradición del anarquismo y el nihilismo rusos. El revolucionario moderno que prepara la Revolución francesa es un ser humano específico que aparece por vez primera en la historia. El transfiere las *ideas* de renovación del mundo y la sociedad, al terreno de la «ideología». El paso de la idea a los *idola* se realiza en la acción secreta de los grupos y sociedades de «pensamiento» y, sobre todo, de *acción*. En la mentalidad de este nuevo tipo social, la revolución no es un medio sino un «fin». Naturalmente, la historia volverá luego a imponerse con la permanencia de la nación y de la razón de Estado. La revolución será un hecho irreversible, pero se inscribirá *para siempre* en la historia de Francia. Pero la ideología fue por sí e históricamente operante. Sus principios, la fuerza de una nueva clase —el «Tiers Etat» a quien el abate Sieyès le dedica el primer «best seller» de la Revolución—, los derechos del hombre, los nuevos ideales concentrados en los «inmortales principios» se transmitirán fulminantemente a Europa y América latina y luego conquistarán el planeta entero. Muchos críti-

cos dirán que también sin los horrores y errores de la Revolución, los resultados hubieran sido los mismos. Pero esto es algo que la historiología relega al sector de las «hipótesis retrospectivas». Un adversario de la clase de Joseph de Maistre reconocerá en la revolución y en sus protagonistas, ideólogos por excelencia, un proceso fatal e irreversible. Inscrito en la historia de Francia.

Ellos, los ideólogos, de Danton a Robespierre, llevarán como diría Mallet du Pan, «en una mano la espada y en la otra los derechos del hombre». De la filosofía o la pseudofilosofía, se pasará a la ideología. No la ideología de los profetas desarmados de los cuales hablará Maquiavelo, pero esta vez de los profetas armados de la palabra, la espada, los ejércitos populares que invadirán Europa entera y la someterán, a ella y a sus monarcas, y la guillotina que matará con el mismo furor a aristócratas y a revolucionarios, ideólogos amigos-enemigos. El mayor número de víctimas de las Revoluciones, francesa y rusa, fueron, en realidad, campesinos. Las sociedades filosóficas del 1785 serán las sociedades populares activas, dirigidas por revolucionarios profesionales del 1794. De Saint-Just, a quien admiraba por encima de todos los demás, Albert Camus diría siglo y medió más tarde: «ha introducido en la historia las ideas de Rousseau». Y lo ha hecho con ardor, con el furor de la virtud, con ascetismo implacable como un inquisidor medieval, y con el ejército revolucionario que llega a mandar, él, arquetipo de ideólogo profesional y revolucionario, a sus veinticinco años; al Napoleón que encarna la razón de Estado le anticipa un Napoleón de la pura ideología revolucionaria que acabará, consternando hasta la raíz de su ser, bajo la guillotina.

Esta fue la gente que llevó el incendio a toda Europa. Antes fueron las ideas. Después los *clubs* secretos activísimos. Luego el pueblo enteto y en armas. Y los ejércitos victoriosos en Europa. Primero, las ideas. Pero, ¿qué ideas? La Ilustración entera, que la sociedad francesa y las Cortes del despotismo ilustrado habían adoptado. Las ideas conquistaban a todo el mundo. Todos querían participar en sus beneficios. Pero, ¿quién era, en suma,

el profeta primero de los ideólogos inspirados y activos en la Revolución? El primero, naturalmente, Rousseau. El filósofo propagador de la «volonté générale». Diderot se predispone a definirla: «un acto puro del entendimiento que razona en el silencio de las pasiones sobre lo que el hombre puede exigir a su semejante y sobre lo que este semejante puede exigir de él». Y es siempre Diderot al proclamar (*risum teneatis!*): «la voluntad general nunca se equivoca». «El poder legislativo le pertenece». El que no le obedece —a la voluntad general— «no quiere razonar» y «renunciando a la cualidad de hombre, ha de ser tratado como un ser desnaturalizado». ¿Hay algo más totalitario? Esta misma exaltación de una especie rara de dominio de lo racional, no impide a tantos «ilustrados» como el mismo Diderot (autobiografiado en su «Neveu de Rameau»), Restif de la Bretonne, Choderlos de Laclos que en el célebre libro *Liaisons dangereuses* nos brinda la mejor imagen del ambiente en que se preparan y justifican los excesos revolucionarios, Mirabeau, moderno Aristogiton, con tantos escritos suyos y su propia vida de genial delincuente pasada en las prisiones de la monarquía, a brindarnos una imagen espectacular de un mundo proyectado hacia lo abyecto de los instintos naturales. Y, ¿qué decir del erotismo contra natura de Sade, modelo para toda la modernidad de la decrepitud de los peores «instintos naturales»?

Allí está también la oposición que Rousseau establece entre el estado de la naturaleza y el estado social, filosofía que transferirá a la ideología de Robespierre y del arcángel negro Saint-Just. «El hombre que medita es un animal depravado». No es Sade sino Rousseau quien lo dice. «El hombre ha nacido libre y por doquier está en cadenas». Vuelta por tanto al estado de natura. De ahí un «pandemonium» de contradicciones filosóficas sobre la figura del *legislador*. Tal es la confusión de los escritos en esta materia, que la cosa nos llevará a través de Rousseau a los grandes tiranos «timoneles» de nuestro tiempo. En su «carta al Marqués de Mirabeau» (1767), Rousseau se lamenta: «¿Para qué sirve la razón que nos ilumina, cuando es la pasión la que nos conduce?». El gran problema de la política es como

la cuadratura del círculo. La «cuestión es buscar una fórmula de gobierno que ponga la ley por encima del hombre». Si, desgraciadamente, esta fórmula no es encontrable, y yo confieso ingenuamente que creo que no existe, mi parecer es que se debe pasar al otro extremo y colocar de golpe al hombre cuanto más por debajo de la ley, establecer, por tanto, el despotismo arbitrario, lo más arbitrario posible: yo quisiera que el déspota pueda ser Dios». Así que el profeta infalible de la «volonté générale» del «législateur» absoluto, acaba en el llanto de su siempre renovada soledad y en la fuerza imperecedera de su introspección «agustiniana». «Pero, ¿y los Calígulas, Neronés, Tiberios?... Dios mío... Me arrojé por tierra y gimo de ser hombre».

Los Calígulas, Neronés, el profeta los insinúa en el horizonte de su nueva época. Seguros de sí mismos, discípulos fieles de Rousseau, sin sus dudas y sus lamentos introspectivos, sin sus debilidades, Robespierre, Marat, Saint-Just, Fouquier-Tinville, concentran toda su voluntad tiránica en la exaltación de la Diosa Razón. Y la Revolución habrá de volver sobre sí misma, buscar la verdadera razón de la historia en la historia de Francia para renunciar a la ideología y suprimir a los ideólogos. Y poder hacer que Francia cogiera rumbos nuevos sin los discípulos del que «se roulait par terre et gémissait d'être homme».